

## *El Porvenir Agrícola de Canarias (1901): Exponente periodístico de la actividad agropecuaria y la vocación americana de La Laguna en los años centrales de la Restauración*

Julio Antonio YANES MESA

Profesor de Historia de la Comunicación  
Universidad de La Laguna

Hace ahora un siglo, nos referimos al 19 de enero de 1901, en La Laguna apareció un singular semanario, *El Porvenir Agrícola de Canarias*, con una línea editorial centrada en la agricultura, sin poder disimular la atracción que por entonces ejercía América en su entorno. Aunque el proyecto editorial no pudo permanecer en el mercado más de seis meses y medio, en buena medida, por el atraso socioeconómico de las islas, tan corta trayectoria no impidió a la publicación legarnos un lúcido testimonio de las preocupaciones que entre los coetáneos suscitaban las perspectivas de futuro del sector agrario, y de la economía canaria en su conjunto. A un siglo vista, desde la atalaya que brinda la problemática inherente a la reciente urbanización de la vega lagunera, el deterioro medioambiental y el superpoblamiento de las islas, la relectura de las páginas del semanario deja en evidencia que desde fechas tan tempranas eran percibidas algunas de las servidumbres inherentes a la reciente modernización del contexto insular. Pero más que por sus presagios fatalistas, el semanario resulta de interés por la referencia cronológica que brinda a un proceso inacabado, en el que aún estamos inmersos, el cual demanda respuestas con mayores premuras que antaño ante los inaplazables retos del futuro inmediato a las islas.

En los renglones que siguen, nos proponemos recrear la trayectoria de la publicación para, a renglón seguido, someter sus páginas a un análisis de contenidos prestando especial atención a las informaciones referentes a América. Con ello, pretendemos recuperar sendas secuencias del pasado isleño vertebradas en torno a tres temas que están de plena actualidad, a saber, las singularidades del sistema informativo insular cuando aún no se vislumbraba, ni de lejos, la actual era de la información; la vocación agraria de la vega lagunera cuando la agricultura todavía era el eje de la economía insular; y la imagen de América en las islas cuando éstas, en lugar de atraer como ahora, expelían emigrantes.

## 1. EL CONTEXTO DEL PERIÓDICO

### 1.1. UNA FORMACIÓN SOCIAL ARCAICA Y ACUCIADA POR LA CRISIS DEL SECTOR EXTERIOR

A inicios del siglo XX, los habitantes de la isla de Tenerife ascendían a 138.008, de los cuales 38.149 residían en Santa Cruz y 13.074 en el término municipal de La Laguna, cuyo casco tan sólo reunía 5.014. En conjunto, se trataba de una población muy joven y con una elevada tasa de dependencia (la mitad de sus efectivos tenía edades inferiores a los 20 años), rémoras paliadas con una temprana incorporación al mercado laboral, tal y como ilustran los registros oficiales, en los que aparecen como trabajadores el 2,6 por 100 de los niños menores de 12 años y nada menos que el 93,6 por 100 de los adolescentes y jóvenes comprendidos entre los 12 y los 19 años. La inmensa mayoría de ésta y la otra población activa isleña, nada menos que en un porcentaje del 71,9 por 100, estaba ocupada en la agricultura, mientras que el 10,6 por 100 trabajaba en la industria o la construcción, y el 17,5 por 100 restante en el sector servicios. El precario cuadro del entorno que gestó el proyecto editorial que nos ocupa, sobrellevaba unas tasas de analfabetismo que abarcaban al 68,5 por 100 de los varones y al 75,6 por 100 de las mujeres<sup>1</sup>. En definitiva, *El Porvenir Agrícola de Canarias* concurre a un mercado tan raquítico, que la potencial clientela del periódico no alcanzaba, ni siquiera, la cota de cuatro mil posibles lectores en su localidad.

En aquellos años inmediatos al “desastre” de 1898, la economía isleña estaba inmersa en la necesidad de encontrar un recambio productivo al sector agrario de exportación, el cual había entrado en una progresiva crisis desde el hundimiento de la cochinilla en la década de los años setenta del siglo anterior. Las propias páginas del semanario lagunero nos legaron un lúcido testimonio de la coyuntura y, a su vez, del deterioro medioambiental habido en las islas desde entonces hasta la actualidad: “... Hoy, afanosos, pechamos por buscar la planta más adecuada para hacer llover el oro sobre este país y, no obstante, contemplamos tanto terreno, pingüe, sin cultivar, sin que jamás la punta del arado haya surcado por vez primera su superficie...”<sup>2</sup> Mientras tanto, el otro sector de la agricultura isleña, el policultivo de subsistencia, empezaba a sufrir las secuelas de la liberalización de las importaciones de granos y harinas adoptada a inicios

---

<sup>1</sup> Los datos demográficos están tomados de los artículos de José-León García Rodríguez: “La evolución de la población”; María del Carmen Díaz Rodríguez: “Estructura de la población”; y Fernando Martín Galán y cols: “Ciudades y núcleos urbanos”; todos en *Geografía de Canarias*, Editorial Interinsular Canaria. Santa Cruz de Tenerife, 1985, tomo II, pp. 47, 115, 119, 125 y 214-217, sucesivamente.

<sup>2</sup> Véase: *El Porvenir Agrícola de Canarias*, 29-6-1901 (núm. 24), p. 2, artículo firmado por Alfredo J. Boligán.

de siglo<sup>3</sup>, lo que supuso un duro golpe para las economías agrarias tradicionales de la vega lagunera. Con la economía insular inmersa en la encrucijada que entretejen las incertidumbres de ambos sectores, y con un titular sumamente elocuente, *El Porvenir Agrícola de Canarias* saltó a la palestra periodística con el propósito de alertar a las elites ilustradas isleñas de los nubarrones que se cernían sobre el futuro del agro insular.

## 1.2. UNA LEGISLACIÓN TOLERANTE EN UN SISTEMA INFORMATIVO AISLADO Y POLITIZADO

*El Porvenir Agrícola de Canarias* vivió su andadura en el marco de la generosa ley de imprenta que el gobierno fusionista de Práxedes Sagasta había promulgado el 26 de julio de 1883, la cual sólo había sido transgredida a finales del siglo anterior para reprimir la prensa anarquista y nacionalista que por entonces empezaba a pulular en ciertas zonas de la península. Al margen de tales medidas cautelares, la ley había erradicado prácticas tan restrictivas de la legislación anterior, salvo en el sexenio democrático, como las licencias previas, las fianzas para tratar asuntos políticos, el depósito previo a la circulación de los ejemplares, la jurisdicción especial para los delitos de prensa, el canon por subsidio industrial o las demoras de las autorizaciones.<sup>4</sup> Con ello, el sistema de la restauración borbónica abrió de par en par la puerta a la edición de un sinfín de periódicos de las ideologías más dispares, incluso republicanas, a lo largo y ancho de todo el territorio español.

La aplicación de la permisiva legislación en las zonas más deprimidas del estado, caso de Canarias, donde el caciquismo, el analfabetismo y el subdesarrollo campaban a sus anchas, convirtió a los órganos políticos en el sector puntero de la prensa del momento. En efecto, en tales contextos, los periódicos no tenían otra opción que agenciarse algún mecenazgo para mantener la edición con un mínimo de garantías, dado que carecían del mercado oportuno para adquirir una organización empresarial autónoma. En el raquítrico mundillo cultural y mercantil de las Canarias de la época, las formaciones políticas eran las organizaciones que mejor podían desempeñar tal papel porque ofrecían unas fieles clientelas de suscriptores y, en menor medida por el estado embrionario de la publicidad, de anunciantes, inalcanzables con el simple

---

<sup>3</sup> Véase el artículo de Antonio Macías Hernández y José Ángel Rodríguez Martín: "La economía contemporánea, 1820-1990", en *Historia de Canarias*, Cabildo Insular de Gran Canaria, Las Palmas, 1995, pp. 403-408.

<sup>4</sup> Véanse, en particular, las obras de María Cruz Seoane: *Historia del periodismo en España, 2. El siglo XIX*, Alianza Editorial, Madrid, 1983, pp. 289-291; y Celso Almuíña Fernández: *La Prensa Vallisoletana durante el siglo XIX (1808-1894)*, Diputación Provincial de Valladolid, Valladolid, 1977, tomo I, pp. 252-266 y 322-343.

reclamo de la oferta informativa. Como contrapartida, las facciones promotoras disponían de un medio para dar cohesión a los correligionarios y, en mayor medida aún, para hacer alarde de poderío social, dado que el simple proselitismo carecía de operatividad ante el amordazamiento de la sociedad isleña<sup>5</sup>. Privada de tales apoyaturas, la prensa despolitizada y especializada solía recabar adhesiones en las sociedades y los colectivos afines, tal y como hizo *El Porvenir Agrícola de Canarias* con la Real Sociedad Económica de Amigos del País de Tenerife y las cámaras agrarias de la isla.

Al margen de politizado, el periodismo canario de la época desarrollaba su labor con una fuerte desconexión del exterior. En efecto, cuando *El Porvenir Agrícola de Canarias* salió al mercado, los cauces que traían la información foránea a las islas se reducían a las publicaciones peninsulares que recalaban por los puertos, las cartas que remitían los isleños transterrados por correo o con la intermediación de algún pasajero, y los telegramas que cursaban los organismos oficiales y los particulares de la península a través del cable telegráfico Cádiz-Tenerife. De las tres opciones, la única capaz de traer información actualizada al archipiélago, el cable<sup>6</sup>, no estaba al alcance de las publicaciones especializadas por su carestía, ni solía ocuparse, salvo en la coyuntura informativa previa al “desastre” de 1898, de la realidad americana.

## 2. EL PORVENIR AGRÍCOLA DE CANARIAS (1901): EXPONENTE PERIODÍSTICO DE LA ACTIVIDAD AGROPECUARIA Y LA VOCACIÓN AMERICANA DE LA LAGUNA EN LOS AÑOS CENTRALES DE LA RESTAURACIÓN

### 2.1. ESTUDIO ANALÍTICO-DESCRIPTIVO Y EVOLUTIVO DEL PERIÓDICO

*El Porvenir Agrícola de Canarias* apareció en La Laguna el 19 de enero de 1901 con el subtítulo “Semanao de información mercantil y defensor de los intereses de la agricultura, ganadería, industria y comercio”, y un lema colateral en el que alardeaba de estar apoyado y recomendado por la Real Sociedad Económica de Amigos del País de Tenerife<sup>7</sup> y las cámaras agrarias

<sup>5</sup> Véanse detalles en la obra de Julio Antonio Yanes Mesa: *Historia del Periodismo Tinerfeño, 1758-1936. Una visión periférica de la Historia del Periodismo Español*, Centro de la Cultura Popular Canaria, Santa Cruz de Tenerife, 2003, pp. 280-288.

<sup>6</sup> A través de un escueto telegrama con las noticias más importantes del día que, para que cundieran al máximo, los redactores de los periódicos estiraban con prácticas que, bajo la denominación “hinchar el perro”, estarían vigentes en las islas hasta los años de la República.

<sup>7</sup> Se trataba de un apoyo exclusivamente moral, sin dotación económica alguna (véase el libro de actas de la Real Sociedad Económica de Amigos del País de Tenerife, sesión del 1 de junio de 1901, sin foliar, archivo de la propia institución, La Laguna).

de la isla. Estampado en la imprenta de Manuel Álvarez Vera, sita en el inmueble número 55 de la calle Herradores, la singular iniciativa editorial sacó adelante un total de 27 números hasta el 3 de agosto de 1901, cuando debió poner el punto final a su andadura, tal y como evidencia la colección conservada en la Sala Canarias de la Hemeroteca de la Universidad de La Laguna<sup>8</sup> y el dato al respecto del catálogo de Luis Maffiotte La Roche<sup>9</sup>. En un principio, el semanario adoptó un formato diminuto, casi de libro (190 x 125 mm.), con 16 páginas a 2 columnas separadas por corondeles, configuración que redobló en tamaño desde el 25 de mayo, cuando entró en una segunda etapa tras renovar su redacción, aunque a costa de recortar el paginado a la mitad, por lo que siempre ofreció una superficie informativa similar. Los 18 primeros números vieron la luz bajo la dirección de Enrique V. Madan, su propietario fundacional, con la colaboración del propio Manuel Álvarez Vera en la administración; y los 9 restantes, bajo la propiedad del mencionado impresor que, a su vez, confió la dirección a Manuel Déniz Caraballo (“Daniel M. Nuez”, pseudónimo pergeñado con la recolocación de todas las letras del nombre y primer apellido). Descontando algún que otro retraso a consecuencia de los imperativos de la época, las dos primeras y las tres últimas ediciones aparecieron los jueves, mientras las intermedias lo hicieron los sábados. En los seis meses y medio que permaneció en el mercado, el semanario lagunero costó treinta céntimos el ejemplar suelto<sup>10</sup>; una peseta mensual a los suscriptores del archipiélago y la península; y diez pesetas trimestrales a los abonados en Argentina, Uruguay, Cuba, Puerto Rico, Méjico, Venezuela y Colombia, países en los que habilitó otras tantas corresponsalías.

Las dos épocas que, con diferente formato y en distintas manos, *El Porvenir Agrícola de Canarias* vivió antes y después del 25 de mayo, concuerdan, en líneas generales, con otras tantas etapas informativas que, más que al talante de uno y otro director, debemos atribuir, simple y llanamente, a las crecientes dificultades que encontraba la publicación para mantener la edición. En efecto, en lugar de obedecer a propósitos relacionados con cambios en la línea editorial, la sustitución de Enrique V. Madan por Manuel Déniz Caraballo se debió a la fría acogida que la Real Sociedad Económica de Amigos del País de Tenerife dispensó a un proyecto de libro que aquél, como

---

<sup>8</sup> Al margen de este centro documental, los únicos ejemplares sobrevivientes de *El Porvenir Agrícola de Canarias* están depositados en La Biblioteca Municipal de Santa Cruz de Tenerife y la Hemeroteca Municipal de Madrid.

<sup>9</sup> Véase la obra de Luis Maffiotte La-Roche: *Los periódicos de las Islas Canarias. Apuntes para un catálogo*, tercer volumen (1898-1900), Biblioteca Canaria, Madrid, 1906, p. 41.

<sup>10</sup> Se trataba, pues, de una publicación cara, como todas las especializadas de la época, cuya adquisición suponía más del 10 por 100 del salario de la época, puesto que éste oscilaba en la zona Santa Cruz-Laguna entre 2,50 y 3,50 pesetas (véase la obra de Oswaldo Brito González: *Historia del Movimiento Obrero Canario*, Editorial Popular, Madrid, 1980, pp. 94 y 145). Por entonces, los diarios punteros tan sólo costaban cinco céntimos al número.

miembro de la institución, presentó a su consideración bajo el título “Cultivo de la remolacha y otros cultivos en pro de La Laguna”<sup>11</sup>. Alegando motivos de salud, el ofendido autor cedió de inmediato la propiedad del periódico a Manuel Álvarez Vera, para luego, una vez la dirección recayó en su amigo Manuel Déniz Caraballo<sup>12</sup>, manifestar a sus consocios<sup>13</sup> que no había motivo alguno de preocupación porque la línea editorial iba a continuar por los cauces establecidos. Aún así, la Real Sociedad Económica de Amigos de País de Tenerife consideró oportuno retirar a los nuevos responsables del semanario su apoyo y recomendación, en tanto en cuanto éstos cursaban la solicitud oportuna. Una vez cumplimentado el trámite, la institución lagunera restituyó su respaldo al proyecto editorial bajo las mismas condiciones que en su día impusiera a Enrique V. Madan, a saber, ocuparse exclusivamente de la agricultura y los intereses económicos de la región sin abordar asunto político o personal alguno<sup>14</sup>. En definitiva, ninguna de las publicaciones despolitizadas de la época contó con unos principios configuradores que encauzaran la línea editorial por unos derroteros tan nítidamente delimitados como los ésta.

Por encima de ambas etapas informativas, *El Porvenir Agrícola de Canarias* dispuso en todo momento de un equipo redaccional reducido, prác-

<sup>11</sup> El manuscrito comprendía 118 páginas, en las que Enrique V. Madan abordaba aspectos diversos de un sinfín de cultivos, tales como la remolacha (prestando especial atención a su industrialización azucarera en Zaragoza), el millo, la papa, la vid, el aloe, el caucho, el trigo, el lino y diversos frutos tropicales; así como la ganadería (abordando su pujanza en Uruguay) y lacras tan calamitosas para los sufridos agricultores isleños como las periódicas invasiones de la langosta africana (véanse detalles en: *Cronista de Tenerife* de Santa Cruz, 20-6-1901, núm. 2.211, pp. 2 y 3).

<sup>12</sup> Manuel Déniz Caraballo había integrado hasta entonces la redacción del órgano proletario *El Obrero* de Santa Cruz; luego, en 1904, colaboraría con Secundino Delgado en la edición del primer portavoz del nacionalismo canario gestado en el archipiélago, el fugaz semanario lagunero *¡Vacaguaré!*... (véase al respecto la entrega documental de Manuel Antonio De Paz Sánchez: “Nuevos documentos sobre Secundino Delgado”, en *ROA. Revista del Oeste de Africa*, núm. 9, Centro de Estudios Africanos, La Laguna-Las Palmas, octubre de 1990, pp. 7-76).

<sup>13</sup> A la reunión asistieron, además de Enrique V. Madan, Juan de Ascanio Nieves (director de la sociedad), Silverio Alonso Del Castillo Pérez, Enrique Medina Santacru, Elías González Espinola, José Alayón Medina, Francisco Guerra Delgado y Ángel Benítez de Lugo. Por entonces, la institución contaba con más de medio centenar de miembros, un pequeño habitáculo que le había facilitado el Ayuntamiento y un local prestado por Adolfo Cabrera Pinto, director del Instituto de Bachillerato, en el que depositaba la maquinaria agrícola en condiciones precarias por su humedad. Los socios solían celebrar las reuniones, a las que asistía un número que se podía contar con los dedos de las manos, en el salón de actos de la Escuela Normal y, cuando éste no estaba disponible, en el domicilio particular de su director o, en ocasiones, en el palacio episcopal. Precisamente, en sesión celebrada el 1 de julio de 1901, los asistentes (Juan de Ascanio Nieves, Enrique Medina Santacru, José Alayón Medina, Francisco Guerra Delgado y Ángel Benítez de Lugo) acordaron por unanimidad solicitar al Ministerio de Instrucción Pública que arbitrara las medidas oportunas para que pudieran celebrar las sesiones con regularidad en el salón de actos de la Escuela Normal. Estas estrecheces de los grandes propietarios agrarios de la localidad deben interpretarse como un débil eco de la dureza de la vida cotidiana isleña en la época, dureza que alcanzaba cotas auténticamente calamitosas en las clases populares.

<sup>14</sup> Véase el libro de actas de la Real Sociedad Económica de Amigos del País de Tenerife, sesión del 15 de junio de 1901, sin foliar, archivo de la propia institución, La Laguna.

ticamente, a su director<sup>15</sup> el cual se encargaba de escribir el editorial y algún que otro artículo, conseguir las colaboraciones de los escritores isleños y seleccionar las informaciones que, tanto de la prensa local como de las publicaciones foráneas recabadas, consideraba interesantes para ofrecer a los lectores. Reunido y entregado en la imprenta el material, el original manuscrito a pluma porque no había máquinas de escribir y el copiativo recortado a tijera, Manuel Álvarez Vera trasladaba las indicaciones sobre su distribución en el paginado a los cajistas, los cuales reproducían los textos en las planchas con moldes de plomo, colocando letra a letra, en prolongadas jornadas laborales. Tan ardua labor generaba, como no podía ser de otra manera, una compaginación monótona, característica de la época, en la que una simple sucesión de textos encabezados por diminutos titulares, separados por lutos y carentes de todo apoyo gráfico<sup>16</sup>, culminaba en una sección de reseñas informativas y notas de sociedad bajo epígrafes tan socorridos por entonces como Crónica, Curiosidades o, simplemente, Noticias. Como el cuerpo de las letras era fijo, el mayor problema que planteaba la confección de las planchas era ajustar al milímetro la extensión de las informaciones a la mancha del paginado, cuestión que Manuel Álvarez Vera resolvía en colaboración con el director de la revista efectuando los recortes oportunos en el tramo final de los textos.

Concluida la labor de los cajistas, las planchas eran entintadas y estampadas en sus correspondientes cuadernillos mediante una prensa manual accionada a palanca<sup>17</sup>, a ritmos que, en el mejor de los casos, permitían sacar adelante un cuarto de millar de impresos por hora. Luego, tras la confección de los distintos ejemplares mediante el acoplamiento de los cuadernillos y la ordenación del paginado, los operarios insertaban en las cabeceras las direcciones de los suscriptores para, bien de manera individual porque eran trasla-

<sup>15</sup> Como la inmensa mayoría de los periódicos isleños de la época, tal y como ilustra el más importante de todos, *Diario de Tenerife*, cuyo personal se reducía a Patricio Estévez Murphy, su director, y Juan María Ballester Remón, los cuales debían ingeniárselas, día tras día, para colmar las veinte columnas de las planas que generaban la publicación (véanse detalles en la obra de Patricio Estévez Murphy: *Cartas a Luis Maffiotte*, edición, estudio y notas por Marcos Guimerá Peraza, Cabildo de Tenerife, Santa Cruz de Tenerife, 1976, p. 23).

<sup>16</sup> En efecto, ni tan siquiera mediante el tradicional y económico procedimiento del grabado en madera, introducido en la península ibérica desde el 1 de julio de 1838 por *Semanario Pintoresco* de Mesonero Romanos (véase al respecto, el trabajo de Joaquín Alcaraz Quiñonero: "Prensa gráfica murciana en el siglo XIX", actas de las jornadas sobre "Prensa y Sociedad en la Murcia Contemporánea", publicadas en *Anales de Historia Contemporánea*, núm. 12, Universidad de Murcia, Murcia, 1995-1996, tomo II, pp. 551-560); y en Canarias desde el 5 de septiembre de 1847 por la revista literaria de Santa Cruz *La Aurora*. La fotografía, por su parte, aunque había irrumpido en la prensa tinerfeña seis años atrás, todavía era un recurso enormemente excepcional y selectivo para el sector, panorama que cambió conforme avanzó la tercera década del siglo XX, cuando la introducción del fotograbado posibilitó su generalización, incluso, en las publicaciones modestas (véanse detalles en la obra de Julio Antonio Yanes Mesa: *Historia del Periodismo Tinerfeño...*, op. cit., p. 286).

<sup>17</sup> Véase la obra de Jean-Francois Botrel: *Libros, Prensa y Lectura en la España del siglo XIX*, Fundación Germán Sánchez Ruipérez, Madrid, 1993, pp. 210-211 y 220-224.

dados a domicilios particulares, o en paquetes con la intermediación de los organismos locales y los corresponsales de las poblaciones más cercanas, proceder a la distribución de la tirada. Los escasísimos abonados del resto del archipiélago debían recibir juntos, en un mismo envío, los cuatro números del mes que, como mínimo, tenían suscrito, lapso de tiempo que para los de América debió ser trimestral<sup>18</sup>; mientras los ejemplares que quedaban en el taller para atender las ventas al número eran residuales. Tales demoras, por lo demás, no iban en detrimento del interés de los contenidos de la publicación, tanto por la especialización de la línea editorial como por la realidad isleña en los inicios del siglo XX, en la que el imperio de la noticia, el de la información fugaz y perecedera, aún estaba por llegar.

Como todas las revistas especializadas de la época, *El Porvenir Agrícola de Canarias* circuló, casi exclusivamente, entre los abonados que comprometió en su localidad, dado que los arcaísmos del contexto insular frustraban todas las expectativas de ventas al número y de captación espontánea de suscriptores. En efecto, al carecer del arropamiento que los correligionarios brindaban a los órganos políticos, las publicaciones despolitizadas no osaban concurrir a un mercado tan desolador sin elaborar de antemano, por su cuenta y riesgo, la relación de los posibles suscriptores, a los que hacían llegar un ejemplar del primer número con el ruego de devolución a los no interesados<sup>19</sup>. Además de insuficientes, las listas incluían a menudo malos pagadores, dado que algunos de los receptores se limitaban a dar la callada por respuesta en tanto en cuanto seguían recibiendo los ejemplares de las sucesivas ediciones.

Las estrecheces del sector quedaron magníficamente recreadas en las páginas de *El Porvenir Agrícola de Canarias* que, en contraposición al mutismo de la mayoría de los periódicos, detalló la clientela que tenía en La Laguna con nombre, apellidos y direcciones, en los números comprendidos entre el 25 de mayo y el 11 de julio. Afinando tales datos con la resta de los individuos reite-rados salvo los que, como el comerciante Antonio Capote, aparecen con dos negocios diferentes, porque pudieron contratar dos suscripciones para poner el periódico a disposición de las respectivas clientelas, tendríamos unas ventas máximas por edición de 135 unidades entre los abonados de la localidad. Dando una vuelta de tuerca más a la depuración del dato deducimos, de un lado, que los 135 suscriptores nunca lo fueron a la vez,

---

<sup>18</sup> En teoría porque, al igual que hicieran las familias con los paquetes que enviaban a sus miembros emigrados, los responsables de la publicación muy bien pudieron aprovechar el viaje de algún vecino o conocido para hacer llegar los ejemplares pertinentes a los corresponsales.

<sup>19</sup> Tal estrategia, puesta en práctica desde los inicios del desarrollo del periodismo en Europa al objeto de arropar a los periódicos con las mayores clientelas posibles dentro de sus localidades, había sido introducida en la isla a principios de 1857 por el semanario demócrata de Santa Cruz *La Fe* (véanse detalles en: *La Fe*, 4-1-1857, núm. 1, p. 1). Como los criterios de selección de los posibles interesados pecaban más por exceso que por defecto, los editores, al margen de los impagos, sufrieron alguna que otra vez las iras de los ciudadanos contrarios a tales procedimientos (véase, por caso: *El Reformista*, 3-9-1890, p. 2).

tal y como reflejan las sucesivas altas y bajas en las listas; y, de otro, que el recuento obvia a los que eludieron los pagos. Pero en el sentido contrario, no debemos olvidar las posibles omisiones, las ventas al número (por rarísimas que fueran) y la clientela ajena a La Laguna. Sopesando unas y otras variables, concluimos que las ventas, en su conjunto, de ningún modo debieron superar los 150 ejemplares en los momentos más boyantes de la publicación, cifra que casi coincide con la relación bruta, contando todas las reiteraciones, de los suscriptores laguneros.

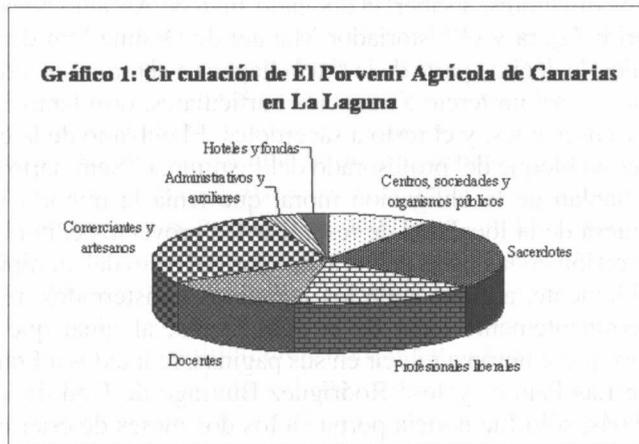
El grueso de la tirada de *El Porvenir Agrícola de Canarias* se quedaba en el casco de la localidad, donde las calles Herradores (desde uno de cuyos inmuebles era distribuido), La Carrera y San Agustín absorbían los dos tercios, y los aledaños el resto. La mitad de cada edición era trasladada en paquetes al Instituto, el Seminario, el Obispado, la Escuela Normal y, desde la suscripción de su junta directiva el 22 de junio, el comité local de la Cruz Roja, donde sus miembros retiraban el ejemplar; mientras la clientela restante era servida de manera individual. Dadas las estrecheces de la época, algunos centros como la Real Sociedad Económica de Amigos del País de Tenerife, la Sociedad Católica de Obreros o la Cruz Roja recibían el periódico en los domicilios particulares de sus respectivos directores, a saber, el abogado Juan de Ascanio Nieves, el sacerdote José Tarife Tejera y el historiador Manuel de Ossuna Van den-Heede. En líneas generales, la décima parte de la tirada llegaba a centros, sociedades y organismos públicos, casi un tercio a negocios particulares, otro tanto a profesionales liberales y enseñantes, y el resto a sacerdotes. El elitismo de la circulación y las adhesiones en bloque del profesorado del Instituto, el Seminario y la Escuela Normal nos hablan de la obligación moral que tenía la minoría intelectual y pequeñoburguesa de la localidad de respaldar los proyectos editoriales despolitizados. La omisión en las listas de los abonados del resto del archipiélago, reducidos, probablemente, a algunos de los laguneros transterrados, redundaba en la orientación eminentemente local de la publicación; al igual que los escasos corresponsales que salieron a relucir en sus páginas, reducidos a Francisco Melo Rodríguez de Las Palmas y José Rodríguez Buitrago de Icod de los Vinos. El primero, además, sólo fue noticia porque a los dos meses de estar el semanario en la calle aún no había dado señales de vida ni aclarado la suerte que habían corrido los ejemplares enviados a su domicilio<sup>20</sup>. Por su parte, los corresponsales de América, aunque todos fueron detallados con nombre y apellidos, al margen de las posibles ventas<sup>21</sup>, aportaron un caudal de información foránea que,

<sup>20</sup> Véase detalles en: *El Porvenir Agrícola de Canarias*, 9-3-1901, núm. 8, p. 16.

<sup>21</sup> Las clientelas de América fueron especialmente importantes para los periódicos de las pequeñas localidades de la isla, tal y como ilustran sendos testimonios de *La Voz de Icod* (1896-1897), cuando confesó que tenía 22 suscriptores en Caracas; o de *La Voz de Junonia* (1921-1924), que decía mantener la edición gracias a la ayuda económica de los gomeros emigrados en Cuba (véanse detalles en: *La Voz de Icod*, 13 y 27-2-1897, p. 2; y *La Voz de Junonia*, 1-12-1923, p. 1).

aunque exiguo, contribuyó a reforzar los tradicionales lazos de la localidad con la otra orilla del Atlántico, como ya tendremos la oportunidad de valorar.

La depuración de la relación de suscriptores y la ponderación de las otras variables en juego para deducir el volumen real de las ventas, a la vista del coste del ejemplar, dejan en evidencia unos ingresos que debieron rebasar levemente, y sólo los momentos prósperos de la publicación, las cien pesetas mensuales, lo que supone entre veinticinco y treinta pesetas por edición. Tales cifras, tras tocar techo en vísperas del cambio de director, experimentaron una inflexión sin solución de continuidad que está magníficamente recreada en la última de las listas publicadas, la del 11 de julio de 1901, en la que apenas se pueden contar, incluyendo a los reiterados, a unos ochenta abonados. En tal tesitura, la incorporación desde el 22 de junio de la junta directiva en pleno del comité local de la Cruz Roja fue un oportuno, aunque insuficiente, balón de oxígeno, porque la caída siguió su curso enervante de manera inexorable. Más aún cuando el otro capítulo de ingresos del semanario, la publicidad<sup>22</sup>, seguía una evolución similar dentro de unos niveles prácticamente nulos.



Fuente: *El Porvenir Agrícola de Canarias*, 25-5/11-7-1901, p. 8.  
Elaboración propia.

<sup>22</sup> Las esquelas, por su parte, no generaron ingreso adicional alguno, dado que la única catalogable como tal no debió remunerar, puesto que alude a un familiar del director, José Madan Delgado, con motivo del segundo aniversario de su óbito, acaecido en Tabasco de México (véase: *El Porvenir Agrícola de Canarias*, 6-4-1901, núm. 12, p. 1). El resto de tales contenidos abarca sendas necrológicas publicadas en los números 17 y 26 a iniciativa propia y, por tanto, sin contraprestación económica alguna, dedicadas a Fernando del Hoyo Nieves (conde de Sietefuentes) y Fernando de Nava Grimón y del Hoyo (novenno marqués de Villanueva del Prado y Acialcázar), ésta tomada del periódico local *La Región Canaria*; así como otras más breves al margen de las reseñas minúsculas que aparecen en las notas de sociedad.

En efecto, el periódico apareció con una sección de publicidad en la última página que albergaba un anuncio de la imprenta de Manuel Álvarez Vera sin percibir, evidentemente, cuantía alguna; y otro sobre la oferta de acciones de una empresa azucarera domiciliada en Madrid, éste a un coste negociado con el agente de la compañía en la isla porque no había tarifas publicadas al respecto. El panorama mejoró algo desde el quinto número, cuando la sección fue renovada con sendos anuncios remunerativos, uno del guano La Noguera y otro de la casa de maquinaria agrícola Alberto Ahlers. Pero desde el 25 de mayo, con el cambio de formato, ambos desaparecieron y, con ellos, la sección de publicidad, en un momento en el que, para como de males, los abonados empezaban a desertar<sup>23</sup>. Al margen de la procedencia de los ingresos, los costes de la época<sup>24</sup> evidencian que la publicación tan sólo cubría gastos, y ello, mientras conservó el señuelo de la novedad<sup>25</sup> porque, luego, entró en una paulatina crisis que le obligó a poner el punto final a su aventura.

En definitiva, la trayectoria de *El Porvenir Agrícola de Canarias* corrobora el modelo que los estudiosos de la actividad industrial del periodismo, asimilando la suerte que corren los periódicos<sup>26</sup> a la de cualquier ser vivo, han dado en llamar “ciclo de vida del producto informativo”. En efecto, nuestro análisis ha dejado en evidencia que el semanario lagunero vivió, como si de un viviente cualquiera se tratase, una infancia, un período de crecimiento, una madurez y, como preámbulo a su desaparición, un progresivo declive. Y ello, con rasgos tan singulares como la ultrafugacidad del ciclo, que apenas rebasó el medio año; la extrema endeblez de la empresa que, por carecer, hasta carecía de un mínimo de ingresos publicitarios; y, finalmente, el mal negocio que era, incluso, en la etapa de madurez, cuando apenas generaba los ingresos precisos para mantener la edición. Tales rasgos resultan comprensibles a la luz de un cúmulo de factores vigentes por entonces, unos más evidentes, derivados de los arcaísmos del contexto insular; y otros menos evidentes, debidos al altruismo no exento de una buena dosis de vanidad que, anidando en la escala de

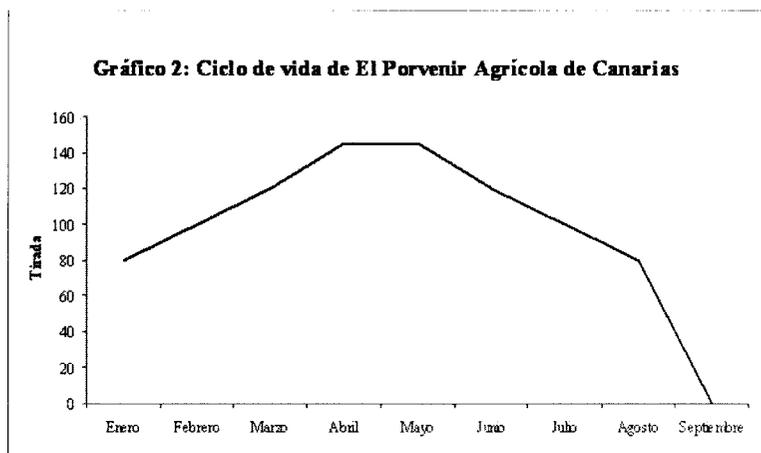
---

<sup>23</sup> La estrategia, adoptada el 25 de mayo, de publicar en la última página la relación de los suscriptores en detrimento de la sección de publicidad (cuyo beneficio económico era prácticamente nulo), con el halago de hacer circular sus nombres y apellidos en letras de molde (que tanto impacto aún causaban) por toda la ciudad, nos hace pensar en los esfuerzos del periódico por intentar frenar los primeros indicios de pérdidas de ventas.

<sup>24</sup> Véanse detalles en el artículo de Julio Antonio Yanes Mesa: “Las finanzas de los periódicos tinerfeños en los años de entreguerras”, en *Vegueta*, nº 3, Universidad de Las Palmas, Las Palmas de Gran Canaria, 1998, pp. 147-162.

<sup>25</sup> Tal y como le sucedían a todas las publicaciones especializadas de la época, circunstancia que dejó testimoniada Miguel Espinosa cuando su revista médica *La Salud* (1883-1885) de Santa Cruz empezó a perder suscriptores a poco de celebrar su primer aniversario, según decía, por “... el cansancio que aquí nos invade cuando la novedad no nos anima...” (véase: *El Ramillete Literario*, editorial del 14-12-1884, núm. 1).

<sup>26</sup> Al igual que los posteriores productos informativos de las empresas de radio y televisión (véase la obra de John Lavine y Daniel Wackman: *Gestión de empresas informativas*, Ediciones Rialp, Madrid, 1992, pp. 287-291).



Elaboración propia a partir de la evolución de la tirada deducida en la investigación.

valores, embaucaba a la elite ilustrada canaria en proyectos editoriales como el que nos ocupa, a pesar de las frustrantes limitaciones de la época. Y es que sin la valoración de ambas circunstancias, las materiales y las inmateriales, la prensa canaria especializada de inicios del siglo XX, aquella que hace una centuria osó salir a la calle consciente de tener sus días contados de antemano, resulta inexplicable desde las mentalidades imperantes en los albores del tercer milenio.

## 2.2. ANÁLISIS DE CONTENIDOS

### 2.2.1. La información global

Tras justificar su presencia en el mercado isleño alegando que el sector agrario era la base de la economía de su término municipal, *El Porvenir Agrícola de Canarias* concretó su programa en el impulso de "... los adelantos materiales de esta región, con especial atención a los que se refieran a la agricultura (...) con el afán de que nuestros propietarios y labradores, dejando viejas prácticas y rutinarios sistemas, emprendan el camino que les señalan los modernos adelantos"<sup>27</sup>. Como todo proyecto editorial ajeno a las luchas políticas del momento, la noble propuesta informativa despertó de inmediato hondos

<sup>27</sup> Véase: *El Porvenir Agrícola de Canarias*, editorial del 19-1-1901, núm. 1.

simpatías en todos los sectores del periodismo insular. En efecto, los parabienes que, al unísono, recibió de los órganos del sistema, caso de *La Región Canaria* (1899-1904) de La Laguna, o de *La Opinión* (1879-1916) y *Unión Conser-vadora* (1899-1903) de Santa Cruz; así como de los extrasistema, caso de *Diario de Tenerife* (1886-1917) y *El Obrero* (1900-1905) de Santa Cruz, o *El Iriarte* (1900-1901) del Puerto de la Cruz, ilustran magníficamente la enorme aceptación que suscitó en Tenerife<sup>28</sup>. En el resto de las islas, el semanario también cosechó un rosario de bienvenidas entre los periódicos de las más diversas tendencias, como el palmero *Heraldo* o los grancanarios *La Patria*, *Las Efemérides*, *El Telegrama*, *España* y *El Museo Canario*; mientras de la península le llegaba el apoyo moral de publicaciones afines, tales como *Revista Agrícola Castellana* de Valladolid, *La Voz de los Gremios* de Barcelona o *La Ley* de Madrid. Luego, conforme sacó las sucesivas ediciones, *El Porvenir Agrícola de Canarias* permaneció fiel a las directrices de su línea editorial, sin dar pie a las polémicas que, por razones viscerales o, en el menor de los casos, dialécticas, enturbiaban el panorama periodístico insular<sup>29</sup> llevando a cabo su labor informativa con una sensatez y sosiego nada usual para la época.

En líneas generales, los contenidos del semanario admiten una doble clasificación atendiendo a su procedencia y originalidad, a saber, las informaciones exclusivas, debidas a su director, los corresponsales y los colaboradores ocasionales, las cuales, en conjunto, no suponen ni una cuarta parte del total; y las informaciones tomadas, las menos, de la prensa local y, las más, de las revistas foráneas recabadas a través del intercambio de ejemplares. En el primer capítulo, al margen de los sucesivos directores, los autores más prolíficos fueron Juan Blardony López, que en los cuatro primeros números emuló la cabecera para, bajo el título “El verdadero porvenir agrícola de Canarias”, publicar otros tantos artículos en reivindicación de una escuela de agricultura para la isla; y Mateo Alonso del Castillo Pérez (“Tamoe”, pseudónimo urdido con el trastrueque de las letras del nombre de pila), en un principio, desde La Laguna y, luego, tras su reincorporación docente a la Escuela de Comercio de Sevilla, desde la ciudad hispalense. Con menor frecuencia que ambos, a las páginas del semanario accedieron Manuel de Ossuna Van den-Heede, Leoncio Rodríguez González (“Luis Roger”)<sup>30</sup>, Aurelio Pérez Zamora y Leoncio de Buergo Fernández de la Hoz. En esta vertiente de la información, particular

<sup>28</sup> Véanse detalles de la trayectoria de todos los periódicos citados en la obra de Julio Antonio Yanes Mesa: *Historia del Periodismo Tinerfeño...*, op. cit., pp. 288-338.

<sup>29</sup> Incluso en géneros tan despolitizados como el pedagógico, tal y como ilustran las duras polémicas que libraron *La Región Canaria* de La Laguna (1909-1911) y *Escuela Canaria* de Santa Cruz (1910-1916) en el curso académico 1910-1911, a cuenta del destino de unos fondos aportados por algunos maestros para erigir una caja de ahorros corporativa (véase: *Escuela Canaria*, 20-9-1910 y 10-4-1911, en particular).

<sup>30</sup> Véase la obra de Julio Antonio Yanes Mesa: *Leoncio Rodríguez y “La Prensa”: una página del periodismo canario*, Cabildo de Tenerife, CajaCanarias y Editorial Leoncio Rodríguez, Santa Cruz de Tenerife, 1995, pp. 49-93.

interés despertaron dos artículos del catedrático del Instituto de Canarias Valentín Morán Gutiérrez, los cuales fueron reproducidos por las revistas *Industria y Comercio* de Vigo y *La Liga de Contribuyentes* de Salamanca.

El otro cauce, mucho más caudaloso y diverso, que dio contenido a las páginas del semanario lagunero estuvo alimentado por las publicaciones homólogas allende las islas y los periódicos isleños. El mero repaso de algunos títulos y procedencias deja en evidencia la pluralidad informativa que, tanto desde perspectivas temáticas como geográficas, supo amalgamar el semanario lagunero, a saber, *La España Industrial*, *El Progreso Agrícola y Pecuario*, *El Cortador*, *La Agricultura Moderna*, *La Molinería Nacional*, *La Ley*, *Unión Ibero-americana*, *Boletín de las Cámaras de Comercio, Industria y Navegación*" (sic), todas ellas de Madrid; *La Voz de los Gremios*, *El Fomento Agrícola* y *El Eco de la Industria*, las tres de Barcelona; *Revista de la Cámara Agrícola Balear*, de Palma de Mallorca; *Industria y Comercio*, de Sevilla; *La Agricultura y Córdoba*, de Córdoba; *Boletín Agrícola*, de Huelva; *La Unión Obrera*, de Jerez de la Frontera; *El Popular*, de Cartagena; *Revista Agrícola Castellana*, de Valladolid; *La Voz de España*, de Guadalajara; *Industria y Comercio*, de Vigo; *L'Agriculture Nouvelle* y *Cosmos*, ambas de París; *Revista Agraria*, de Nápoles; *El Mundo*, de La Habana; *La Semana Mercantil*, de México; *La Correspondencia*, de Cienfuegos; y *Moniteur Scientifique*, de Chicago.

Aunque lo habitual era que las informaciones especificaran la publicación de procedencia, muchas veces, al calor de la precaria regulación y el escaso control de los derechos de autor<sup>31</sup>, el periódico copiaba trabajos indicando exclusivamente, al igual que otros en la época, la autoría. Tal estrategia hace explicable que en sus páginas luzcan como propias las firmas de escritores tan acreditados en la península como el enólogo catalán Federico Benessat Folch, del que recogen una serie de artículos sobre la viticultura en los primeros veintidós números; o del periodista y político maño Leopoldo Romeo ("Juan de Aragón"), del que hacen lo propio, aunque sólo entre el segundo y el sexto números, para informar de la evolución de la industria azucarera aragonesa. Otros autores de renombre cuyas presencias en el periódico resultan explicables por las mismas argucias fueron el afamado antropólogo italiano César Lombroso (1835-1909) y el notable poeta malagueño Salvador Rueda Santos (1857-1933), ambos reproducidos en una sola ocasión. A veces, las transcripciones pudieron incurrir en el plagio, tal y como deja entrever la serie de artículos sobre la poda de árboles que, no sólo obvia la publicación de origen, sino también la autoría, dando la impresión de tratarse de un trabajo anónimo de la redacción. En definitiva, el director de la publicación se las arreglaba como

<sup>31</sup> Véase al respecto el artículo de Javier Díaz Noci: "Periodismo y derechos de autor: evolución histórica de la protección jurídica sobre la obra informativa", en *Zer: Revista de estudios de comunicación*, núm. 7, Universidad del País Vasco, Bilbao, diciembre de 1999, pp. 193-218.

podía para, con las enormes limitaciones de la época, dar contenido a los números que semana a semana tenía que hacer llegar a los suscriptores.

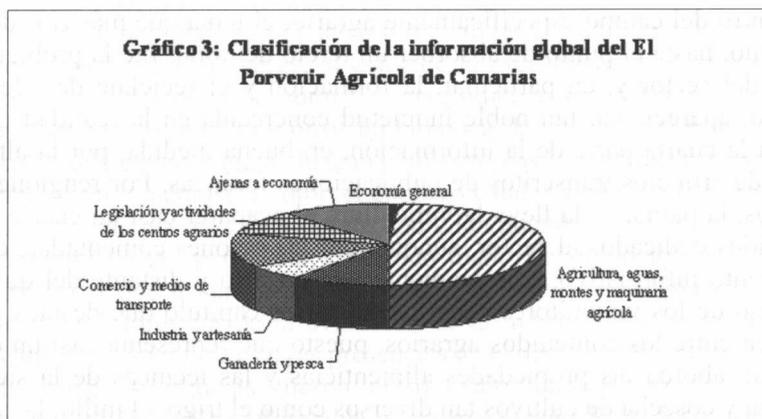
Por encima de la procedencia de las informaciones, el semanario lagunero dedicó a los distintos sectores económicos una atención que, en líneas generales, guarda coherencia con la significación de su cabecera y la realidad insular de la época, a saber, el 60 por 100 al sector primario, el 6 por 100 al secundario y el 13 por 100 al terciario. El 20 por 100 restante alude a partes iguales, de un lado, a la materia legislativa y las noticias que generaban las instituciones agrarias locales y, de otro, a temas colaterales a la materia, puesto que los análisis económicos intersectoriales son realmente testimoniales. La representatividad de tales porcentajes es tan alta que, derivando de la mera cuantificación de las informaciones en bruto, casi reproducen la superficie informativa cubierta globalmente por cada sector económico. Las secciones Crónica, Noticias, Curiosidades y Correspondencia que, de manera coincidente o alternativa, aparecen en las páginas finales con una información pulverizada en frases muy heterogéneas, desde las típicas notas de sociedad a las reseñas noticiosas de interés, no se han tenido en cuenta en la clasificación. En estos apartados marginales, cabe destacar el seguimiento, número a número, de los primeros pasos de la exportación del sector frutero a Europa y, en particular, a Inglaterra<sup>32</sup>.

Dentro del campo específicamente agrario, el tema que más ríos de tinta consumió, hasta el punto de absorber un tercio del total, fue la problemática global del sector y, en particular, la formación y el reciclaje del elemento humano, apareciendo tan noble inquietud concretada en la realidad canaria sólo en la cuarta parte de la información, en buena medida, por la alta presencia de artículos transcritos de publicaciones foráneas. Por renglones productivos, la palma se la lleva la viticultura al acaparar casi un cuarto de los contenidos dedicados al sector, aunque, por las razones comentadas, con un tratamiento informativo excesivamente teórico, frío y distante del quehacer cotidiano de los viticultores canarios. El tercer capítulo que destaca por su volumen entre los contenidos agrarios, puesto que representa casi un quinto del total, aborda las propiedades alimenticias y las técnicas de la siembra, labranza y cosecha de cultivos tan diversos como el trigo, el millo, la caña de azúcar, el algodón, el tabaco, las plantas forrajeras, las judías, las zanahorias, la pita mejicana, el olivo, el ricino africano, el sorgo sudanés, la remolacha azucarera, el limón, el fresal o las flores. El plátano, al margen de las pequeñas noticias que generaban su cotización y primeros envíos a Londres, mere-

<sup>32</sup> Al igual que algunos testimonios sobre iniciativas empresariales, tales como la inauguración de una hospedería en Güímar al calor del incipiente desarrollo que el turismo terapéutico experimentó en Canarias entre mediados de la década de los ochenta del siglo XIX y el estallido de la I Guerra Mundial; la instalación de un trapiche azucarero en La Orotava; o el proyecto de establecimiento fabril que, a iniciativa extranjera, estaba en estudio en Los Cristianos para extraer alcoholes de los higos de leche y las tuneras. La sección, por lo demás, también se hizo eco de lacras tan reiterativas y devastadoras para el agro insular como la sequía y la langosta africana.

ció tan sólo un artículo sobre sus cualidades; aunque luego, tras el traslado de José Curbelo<sup>33</sup> a Madrid para gestionar la apertura del mercado peninsular en representación de las instituciones agrarias isleñas, aunque infructuosamente, por el régimen de franquicias imperante<sup>34</sup>, cobró un mayor protagonismo informativo. Los otros dos renglones productivos llamados a formar con el plátano la tripleta de cultivos que habría de renovar el sector exterior de la agricultura isleña en las próximas décadas, el tomate y la papa temprana, merecieron una atención informativa aún más escasa, hasta el extremo de que el primero pasó prácticamente desapercibido. El resto de la información agraria aborda en proporciones decrecientes y, como siempre, alternando la realidad isleña con la extraisleña, la problemática del arbolado, la conservación de los montes, los aperos de labranza y la maquinaria agrícola, el abono de las tierras y, de manera residual, las aguas de riego.

Como es fácil de suponer, la restante información económica del semanario lagunero responde a los mismos condicionantes que la específicamente agraria, esto es, reprime la vocación canaria que anuncia la cabecera alejando



Elaboración propia a partir de los resultados de la investigación.

<sup>33</sup> Véase: *El Porvenir Agrícola de Canarias*, 29-6-1901, núm. 24, p. 1, y posteriores; así como el libro de actas de las sesiones de la Real Sociedad Económica de Amigos del País de Tenerife en las mismas fechas, archivo de la propia institución, La Laguna.

<sup>34</sup> De los propios inicios del sector frutero, pues, datan las primeras iniciativas de la burguesía canaria para conseguir el acceso al mercado peninsular con precios remuneradores mediante el rebaje de impuestos. Las islas habrían de pagar muy caro el fracaso de las negociaciones en la década siguiente por el cierre de los mercados europeos y el tráfico portuario a consecuencia de la I Guerra Mundial (véase la obra de Julio Antonio Yanes Mesa: *Crisis económica y emigración en Canarias. El puerto de Santa Cruz de Tenerife durante la guerra europea, 1914-1918*, Centro de la Cultura Popular Canarias, Santa Cruz de Tenerife, 1997).

buna parte de sus contenidos de la realidad insular, por la fuerte presencia de los artículos transcritos de las publicaciones foráneas. Con tales bases, la ganadería ofrece un caudal informativo que, al margen de su menor volumen, está escindido en proporciones casi similares entre la problemática global del sector y la específica de subsectores tales como la avicultura, la apicultura e, incluso, la cría de caracoles. El caso de la pesca, con una presencia puramente testimonial, resulta explicable por su ausencia, tanto en lo que a capturas como en lo que a manufacturas se refiere, del entramado económico de La Laguna<sup>35</sup>. Por su parte, el sector secundario centra el grueso de sus escasas informaciones en la industria azucarera y, luego, en los procesos de obtención y elaboración de productos tan diversos como el pan, la cerveza, el aceite de oliva, el vinagre, la sidra, las pieles o el carbón; mientras la problemática inherente a su desarrollo global merece, en contraposición al ganadero, tan sólo una atención marginal. Finalmente, los medios de transporte que absorbieron la atención del semanario lagunero fueron el automóvil y el tranvía, ambos al calor de la curiosidad que suscitaban sus inicios en la isla; mientras la información comercial, por las razones comentadas, aborda en mayor medida el ámbito internacional que el específicamente canario y, dentro de éste, el exterior más que el interior.

### 2.2.2. *La información sobre América*

Si algún rasgo informativo llama la atención del proyecto editorial que dio vida a *El Porvenir Agrícola de Canarias*, es el afán de sus promotores por acercar al archipiélago la realidad de los países americanos a los que acudían tantos paisanos suyos a ganarse el pan. A tal fin, el periódico reclutó uno de los planteles de corresponsales en América más extenso de la época, a saber, Juan Cambreleng<sup>36</sup> en Buenos Aires, Gregorio Borges en Montevideo, Roberto Madan y Enrique Renshaw en La Habana, Pablo Díaz Oramas en

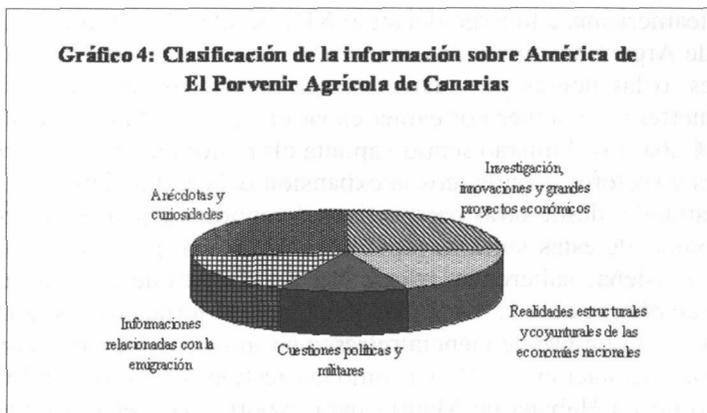
<sup>35</sup> Tales razones hacen explicables, asimismo, la escasa atención que, en contraposición a las revistas del género editadas en Santa Cruz, el semanario lagunero prestó al movimiento portuario de la isla, sin reparar en su trascendencia económica, al que brindó un tratamiento informativo ocasional y, además, relegado a las reseñas noticiosas de las secciones finales. En efecto, sólo en una ocasión apareció una sección específica titulada “Buques que se esperan en el puerto de Santa Cruz de Tenerife”, en concreto, en la edición que amplió el formato, la cual desapareció desde el número siguiente. Sintomáticamente, la otra sección que introdujo con tal motivo en la misma página, titulada “Mercado en La Laguna de Tenerife”, en la que recogía los precios corrientes de los artículos básicos en la localidad, permaneció hasta el número 25, editado el 11 de julio de 1901.

<sup>36</sup> Éste, por lo menos, no tuvo tiempo para remitir información alguna desde América, porque el propio semanario se hizo eco de su regreso a La Laguna a las tres semanas de estar en la calle (véanse detalles en: *El Porvenir Agrícola de Canarias*, 2-2-1901, núm. 3, p. 16), lo que no significa que dejara de cumplir su labor porque muy bien pudo traer personalmente a Enrique V. Madan varias publicaciones argentinas.

Tabasco de México, Benigno Gil en Caracas y Tomás Mackey en Colombia. En teoría, dos eran las funciones que debían desempeñar todos ellos desde sus respectivas localidades de residencia, de un lado, remitir informaciones originales o tomadas de la prensa lugareña; de otro, atender y gestionar los cobros de las suscripciones de los isleños afincados en las proximidades. El correo ordinario o, en mayor medida, la opción que brindaba el continuo trajín de migrantes entre ambas orillas del Atlántico, eran los canales de comunicación que permitían llevar a cabo uno y otro cometidos. A la vista de los contenidos de la publicación, los corresponsales no fueron excesivamente diligentes porque, salvo una colaboración original escrita en formato de carta<sup>37</sup>, de resto se limitaron a enviar recortes de prensa y revistas del género; mientras en la faceta comercial reunían una nómina de suscriptores tan exigua que, al margen de no salir a relucir en las páginas del periódico, jamás generó noticia alguna.

En base al material reunido, *El Porvenir Agrícola de Canarias* publicó unas cuarenta informaciones autónomas sobre América, las cuales suponen una décima parte de la información que ofreció a lo largo y ancho de sus 27 números. Desde el punto de vista geográfico, mientras el 12,5 por 100 de tales contenidos alude de manera global al continente, el resto se circunscribe en proporciones desiguales a diversos países, a saber, el 30 por 100 a Estados Unidos, el 17,5 por 100 a Cuba, el 15 por 100 a Argentina, el 5 por 100 a Venezuela, el 5 por 100 a Brasil, y el 15 por 100 restante a Uruguay, Méjico, Chile, Perú, Paraguay y Guatemala. Tales porcentajes derivan de unos intereses informativos que guardan coherencia, de un lado, con el vertiginoso desarrollo del país que, tras humillar a España en el “desastre” de 1898, iba camino de convertirse en la primera potencia mundial; de otro, con la desigual afluencia de la emigración isleña a las distintas repúblicas centro y sudamericanas. Desde el punto de vista temático, los contenidos admiten una clasificación en base a cinco capítulos, a saber, investigación, innovaciones y grandes proyectos económicos; realidades estructurales y coyunturales de las economías nacionales; cuestiones políticas y militares; informaciones relacionadas con la emigración; y, finalmente, anécdotas y curiosidades.

<sup>37</sup> La publicación de las cartas tal y como eran recibidas, con la información interpuesta entre el saludo y la despedida que el corresponsal dirigía al amigo que tenía en la redacción, permitía a los periódicos más modestos ofrecer noticias originales de los lugares más lejanos con un cierto atractivo por el tono confidencial, aunque con enormes demoras por las precarias comunicaciones de la época. Ante la amistad existente entre los interlocutores, algunos autores han detectado un cierto paralelismo entre tal procedimiento y el género literario dieciochesco de la retórica epistolar (véase al respecto el trabajo de Leonardo Romero Tobar: “Prensa periódica y discurso literario en la España del XIX”, en *La Prensa Española durante el siglo XIX*, Instituto de Estudios Almerienses, Almería, 1987, pp. 93-103). En el caso que nos ocupa, se trata de una carta escrita en La Habana dos meses largos atrás por Enrique Renshaw, en la que tanto habla de la efervescencia política que suscitaba en la isla antillana las sesiones de la cámara constituyente, como de los buenos augurios que hacían presagiar los sectores azucarero y tabaquero, o los grandes estragos que entre la población residente había causado la fiebre amarilla el año anterior por la falta de control de la higiene en los alimentos.



Elaboración propia a partir de los resultados de la investigación.

Sintomáticamente, las informaciones generadas por la investigación y las innovaciones tecnológicas proceden, casi exclusivamente, de los Estados Unidos. Se trata de un variopinto capítulo de contenidos en el que se pueden leer noticias y reportajes sobre temas tan diversos como la historia de la segadora mecánica de Cyrus-Hall Mac-Cormick (1809-1884), con sus primeras aplicaciones en la península ibérica; la aclimatación en Luisiana de una variedad de caña de azúcar muy productiva, originaria de la isla Trinidad; el ingreso complementario que generaban los tallos de millo deshojados a los agricultores norteamericanos, que para los isleños eran material de desecho, por su utilización en fábricas como materia prima para la extracción de celulosa y pienso para las aves de corral; la modernización de las granjas avícolas; los ensayos en California para la obtención de azúcar de sandía; los esfuerzos de la industria química norteamericana por encontrar un sucedáneo económico al caucho; y el éxito alcanzado en la invención de nuevos explosivos. En estas informaciones económicas de vanguardia, el protagonismo de las repúblicas centro y sudamericanas se reduce a ciertos ensayos de elaboración con la platanera y el plátano en Venezuela y Brasil para la obtención de harinas, aguardiente y fibras textiles; y al proyecto de instalación de un ferrocarril panamericano, en un principio, desde Nueva York hasta Buenos Aires, luego, hasta el extremo meridional del continente, pero con capital norteamericano.

El resto de la información económica procedente de América aborda aspectos diversos, bien estructurales o coyunturales, de los distintos países, dejando en evidencia, como no podía ser de otra manera, la expansión que experimentaban los Estados Unidos y las dificultades que atravesaban los países centro y sudamericanos. Tal es el caso de los reportajes que abordan el espectacular crecimiento del sector ganadero y, más aún, de la estructura ban-

caria norteamericana a lo largo del siglo XIX; frente a la magnitud de la deuda exterior de Argentina, agravada por intereses onerosos y tipos de cambio desfavorables, o las negras perspectivas de la producción azucarera jamaicana ante las fuertes inversiones norteamericanas en el sector, tanto en el continente como en Cuba. En el mismo sentido apunta otra información que pormenoriza por países y sectores económicos la expansión del capital alemán en América latina ilustrando, desde otras perspectivas, la enorme dependencia exterior de las economías de estas sufridas repúblicas. De Cuba, principal destino de la emigración isleña, salieron a relucir las bondades que algunos coetáneos atribuían al tabaco, que "... hace más llevaderas al jornalero sus horas de trabajo (... y...) el hombre de ciencia refresca su imaginación para coordinar las ideas en sus meditaciones..."<sup>38</sup>; así como las gestiones del director de la revista *El Tabaco* de La Habana en Madrid para exportar, con el visto bueno de la compañía arrendataria del monopolio, tabaco en bruto a España.

Mientras las informaciones económicas reflejan con claridad el incesante desarrollo de los Estados Unidos frente al estancamiento de las repúblicas latinoamericanas, las políticas, aunque mucho más escasas, no pueden menos que contraponer la solidez institucional del primer país frente a la inestabilidad de los segundos. En efecto, aquella dicotomía de los contenidos materiales también evidencian los sociopolíticos con los reportajes sobre la creación de un tribunal permanente tras un congreso celebrado en Montevideo para resolver los litigios fronterizos entre las repúblicas del centro y sur del continente, el rearme de Venezuela ante el temor que suscitaba la posible ocupación de la isla Margarita por Alemania, la inútil oposición a la enmienda Platt en Cuba y las manifestaciones estudiantiles en Argentina contra el Gobierno de Julio Roca.

Otro muy distinto fue el carácter de las informaciones relacionadas con la emigración, todas circunscritas, como no podía ser de otra manera, a los países que absorbían los excedentes demográficos de las islas. Desde la perspectiva del flujo poblacional, el rasgo más distintivo de tales contenidos fue el elitismo, esto es, la propagación de las venturas y desventuras de los emigrantes más afortunados, bien con motivo de algún fallecimiento, caso de un isleño acomodado en Guatemala y dos en Argentina; o de algún viaje, como ocurrió al palmero Luis Felipe Gómez Wangüemert<sup>39</sup> en uno de sus desplazamientos a Cuba, o al empresario establecido en Buenos Aires, José Valido, con motivo de su regreso a Las Palmas. Por debajo de esta minoritaria elite que, en conjunto, representa un porcentaje ínfimo en el seno del contingente migrante, la gran masa de campesinos analfabetos y sin cualificar que nunca consiguió

<sup>38</sup> Véanse detalles en: *El Porvenir Agrícola de Canarias*, 20-4-1901, núm. 14, pp. 8 y 9.

<sup>39</sup> Véase la obra de Manuel Antonio De Paz Sánchez: *Wangüemert y Cuba*, dos tomos, Centro de la Cultura Popular Canaria, colección: "Taller de Historia", núms. 6 y 7, Santa Cruz de Tenerife. 1991 y 1992, respectivamente.

librarse de sus trabajos y penurias pasó totalmente inadvertida para el semanario lagunero. Las otras informaciones que generaron los tradicionales vínculos de Canarias con América airearon las cien pesetas que remitió el centro español de Cienfuegos para paliar la sequía de Lanzarote y Fuerteventura; y, como exponente del trasiego comercial que, en sentido antagónico al humano, circulaba entre las dos orillas del Atlántico, la descarga en Santa Cruz de varias partidas de millo, trigo, afrecho, harina y algunos fardos de pasto y tasa-jo (carne seca y salada). Al margen de suministrar informaciones, el semanario lagunero tuvo la oportunidad de asumir sus responsabilidades sociales para alertar a la juventud que tenía sus ojos puestos en América de la precaria situación que, por entonces, atravesaban las repúblicas continentales y, en particular, Argentina.

Finalmente, entre los contenidos que *El Porvenir Agrícola de Canarias* ofreció de la realidad americana, figura un cúmulo de informaciones que debió llamar mucho la atención de los lectores por sus rarezas, a saber, las excentricidades de dos millonarios americanos, las medidas legislativas para favorecer el matrimonio en Pensilvania, el ataque de un cóndor a un alemán en los Andes que intentaba coger sus polluelos del nido, las proezas de un perro en un pueblo de Indiana, el insólito alumbramiento de un potrigo por una mula en Cienfuegos, las enormes dimensiones de algunas secuoyas gigantestas, la instalación de un museo etnográfico en la localidad mejicana de Querétaro, las contradicciones entre los días festivos existentes en varios países sudamericanos y los millares de víctimas que un ciclón había dejado en la ciudad norteamericana de Galveston cuatro meses atrás. En definitiva, se trata de historias que, junto a los relatos de las vivencias de los emigrantes retornados, las cartas que recibían los familiares de los ausentes y las informaciones de los restantes periódicos de la época, alimentaron la atracción que un mundo tan vasto y plural suscitaba en los jóvenes canarios que no se resignaban a la suerte que les tenía reservado el empobrecido entorno insular.

### 3. INCIDENCIA DE LA INFORMACIÓN DEL PERIÓDICO EN EL MUNICIPIO

*El Porvenir Agrícola de Canarias* era leído individualmente por los suscriptores y, al igual que los otros periódicos de la época, de manera colectiva en las ventas y barberías, adonde acudían los analfabetos formando corrillos alrededor de los lectores. Luego, tanto unos como otros hacían circular la percepción de las informaciones entre sus allegados, desencadenando procesos que, sin contradecir la desvirtuación de los contenidos por el boca en boca, incidían en las diversas corrientes de opinión que pululaban por los mentideros de la localidad. En el caso que nos ocupa, la contribución del semanario lagunero

tuvo una doble dimensión: una de carácter popular, espoleada por la imagen exótica y fascinante que difundió de América, la cual debió reforzar la propensión isleña a emigrar por las oportunidades que parecía brindar la otra orilla del Atlántico; y otra más restringida, ésta ceñida a los grandes propietarios y a la burguesía comercial de la localidad, que debió acentuar las inquietudes de la elite ilustrada en favor de la defensa y la renovación de agricultura. Pero el proceso no quedó ahí porque tales corrientes de opinión descendieron luego de la abstracción en la que se movían para traducirse, superando las rutinas de las mentalidades agrarias imperantes en la época, en actuaciones concretas. Así, mientras la vertiente americana era visible en el flujo migratorio; la agraria cristalizaba en la convocatoria de un concurso en los juegos florales de La Orotava para premiar, apartando por momentos al lirismo que reinaba en tales ocasiones, un proyecto de granja de experimentación aneja al jardín botánico. La propuesta ganadora, detallada con la justificación científica, los objetivos, los medios, las instalaciones, el personal y el presupuesto oportunos<sup>40</sup>, ilustra magníficamente el poder que la información iba adquiriendo en la sociedad canaria a remolque del desarrollo socioeconómico, en un contexto agrario en el que aún era imperceptible la llamada era de la información.

---

<sup>40</sup>Véanse detalles en: *El Porvenir Agrícola de Canarias*, 20-7-1901, núm. 26, pp. 3-5; y 3-8-1901, núm. 27, pp. 5-7.

## ANEXO

### Relación de los suscriptores domiciliados en La Laguna

#### 1. Organismos públicos

- Ayuntamiento, *C/*. del Consistorio, esquina La Carrera.
- Juzgado de Primera Instancia, *C/*. La Carrera, núm. 3.
- Juzgado Municipal, *C/*. La Carrera, núm. 3.
- Cuartel de la Guardia Civil, *C/*. La Carrera, núm. 5.
- Administración de Correos y Telégrafos, *C/*. La Carrera, núm. 41.
- Administración de Consumos, *C/*. Herradores, núm. 30.
- Registro de la propiedad (Damián Díaz Cuetos), *C/*. Herradores.

#### 2. Comisión de la Cruz Roja de La Laguna

- Manuel de Ossuna Van den-Heede, presidente.
- Fernando de Torres, vicepresidente primero.
- Ramón Ascanio León Huerta, vicepresidente segundo.
- Luis Pozuelo, contador.
- Francisco Padilla, vicecontador.
- Ángel Benítez de Lugo, tesorero.
- José Tarife Tejera, secretario.
- Francisco Salcedo Baños, vicesecretario.
- Manuel Olivera, guarda de almacén.
- José Tabares Bartlett, vocal.
- Luis Díaz Luis, vocal.
- Santiago Beyro, vocal.
- Isaac Cabrera Díaz, vocal.

#### 3. *Sociedades*

- Real Sociedad Económica de Amigos del País de Tenerife, *C/*. San Agustín núm. 17.
- Cámara Agraria, *C/*. del Agua.
- Casino El Porvenir, *C/*. La Carrera, núm. 27.
- Casino de La Laguna, *C/*. La Carrera, esquina Plaza de la Catedral.
- Círculo Mercantil, *C/*. San Agustín, núm. 10.
- Sociedad Católica de Obreros, *C/*. La Caza, núm. 26.
- Sociedad Filarmónica La Fe, Plaza de la Catedral, núm. 3.

#### 4. *Instituto de Bachillerato de Canarias*

- Adolfo Cabrera Pinto, director, catedrático de geografía e historia.
- Quintín Benito Benito, catedrático de matemáticas.
- Francisco Ruiz Macías, catedrático de psicología, lógica y ética.
- Valentín Morán Gutiérrez, catedrático de física y química.
- Camilo Fernández Grandizo, catedrático de agricultura.
- Antonio Zerolo Herrera, secretario, profesor de retórica y poética.

Antonio Ponte Cologan, auxiliar supernumerario de la sección de ciencias.  
José Calvo Calvo, auxiliar numerario de la sección de ciencias.  
Florentino Montañez Blasco, profesor de religión.  
Guillermo Cubillo Aguilar, profesor de dibujo.  
Isaac Cabrera Díaz, ayudante de lenguas vivas.  
Eduardo Molina Martín, profesor de gimnasia.  
Manuel Carbalho Rojas, oficial primero administrativo.  
Ruperto Bello Rodríguez, auxiliar administrativo.  
Valentín José Juan Delgado Gil, conserje.  
Ramón Ascanio León, jefe de la biblioteca.  
Alonso Castro Salazar, ayudante del bibliotecario.

5. Escuela Normal

Próspero Martín Almenara, director, *C/.* San Agustín, núm. 23.  
Germán Moneo Ruiz, profesor numerario de ciencias, *C/.* La Carrera, núm. 8.  
José Tarife Tejera, profesor auxiliar de religión, *C/.* La Caza, núm. 26.  
Francisco Salcedo Baños, regente de la escuela práctica, *C/.* San Agustín, núm. 39.  
Gabriel Suárez Feo, auxiliar de la escuela práctica, *C/.* La Caza, núm. 12.

6. Escuelas Públicas

Gregorio Rodríguez, maestro de la escuela de niños, *C/.* La Carrera, núm. 3.  
Teresa Nóbrega, maestra de la escuela de niñas, *C/.* Herradores, núm. 76.

7. Academia de Dibujo

Juan Gaviño, *C/.* Bencomo, núm. 16.

8. Notarios

Lázaro Sánchez Rivero, *C/.* Herradores, núm. 78.

9. Procuradores

José Darmanín Delgado, *C/.* La Carrera, núm. 31.  
Carlos Nóbrega González, *C/.* Herradores, núm. 81.  
Juan Oliva Hernández, *C/.* La Carrera, núm. 40

10. Abogados

Juan de Ascanio Nieves, *C/.* San Agustín, núm. 17.  
Blas Cabrera Topham.  
Antonio Delgado Castillo.  
José Tabares García, *C/.* Herradores, núm. 43.  
Fernando Suárez González-Corvo, *C/.* La Carrera, núm. 40.  
Jorge Foronda Cubillo.

11. Médicos

Manuel Olivera Natera, *C/.* Herradores, núm. 95.  
Eduardo Tacoronte, *C/.* San Agustín, núm. 29.

Anatael Cabrera Díaz, *C/*. Tabares de Cala, núm. 5.  
José María Almenar, *C/*. Juan de Vera.

12. Practicantes

Ramón Pérez, *C/*. Herradores, núm. 51 (barbería).

13. Seminario Conciliar

Andrés de Frías Jiménez, rector, arcipreste de la Catedral.  
Roque Berzal García, vicerrector, profesor de física y química e historia natural.  
Gabino López, director espiritual.  
Juan Evangelista Pérez, administrador, profesor de liturgia.  
José Crispín de Paz Morales, prefecto, subdiácono.  
Leoncio Jordán González, profesor de teología.  
Alejandro De la Peña Ruiz Bustillo, profesor de hermenéutica y oratoria sagrada.  
Enrique González Medina, profesor de teología.  
Manuel Martínez Rodríguez, profesor de teología moral.  
José Miguel Belamendía, profesor de matemáticas.  
Jerónimo Padilla Morales, profesor de ética e historia de la filosofía.  
Doroteo Gómez, profesor de filosofía.  
Agapito Alcalde, profesor de latín, retórica y poética e historia.  
Carlos Gardeazábal, profesor de latín y geografía.  
Martín Chacobo, profesor de latín e historia natural.

14. Obispado y dignidades eclesiásticas

Obispado, *C/*. San Agustín, núm. 28.  
Enrique Medina Santana, *C/*. Anchieta, núm. 38.  
Andrés de Frías Jiménez, seminario.  
Eugenio Ávila Ruiz.  
Ramón Martínez de Ocampo, *C/*. Bencomo, núm. 26.  
Leoncio Jordán, *C/*. San Agustín, núm. 8.  
Silverio Alonso del Castillo Pérez, *C/*. Herradores, núm. 59.  
José Francisco Padilla Padrón, *C/*. Bencomo, núm. 23.  
Florentino Montañez Blasco, *C/*. Briones, núm. 4.  
José Miguel Belamendía, *C/*. Bencomo, núm. 33.  
Alejandro de la Peña Ruiz Bustillo, *C/*. San Agustín, núm. 31.  
Luis Palahí Hidalgo de Quintana, *C/*. Bencomo, núm. 16.  
Enrique González Medina, *C/*. Anchieta, núm. 38.  
Juan González Conde, *C/*. Juan de Vera, núm. 6.  
Francisco de Asís Soler Sanz, *C/*. Anchieta, núm. 16.  
José Rodríguez Moure, *C/*. Remojo, núm. 17.  
Baltasar González García, *C/*. Palma, núm. 2.  
José Tarife Tejera, *C/*. La Caza, núm.26.  
Tomás Hernández Espinosa, *C/*. San Agustín, núm. 50.  
Juan Evangelista Pérez, seminario.  
Alberto Rey González, *C/*. San Agustín, núm. 28.

Jerónimo Padilla Morales, Plaza de la Catedral, núm. 4.  
Luis Alemán Pérez.

#### 15. Hoteles

Aguere, *C/*. La Carrera, núm. 57.  
Tenerife, *C/*. Núñez de la Peña, núm. 18.

#### 16. Fondas

Juan Parrilla, *C/*. La Carrera, núm. 8.  
Juan Díaz Fariña, *C/*. Núñez de la Peña.

#### 17. Boticas

Sebastián Álvarez Escobar, *C/*. Herradores, núm. 61.  
Antonio Ponte, *C/*. Tabares de Cala, núm. 18.

#### 18. Tabaquerías

Manuel González (expendeduría de sellos), *C/*. Juan de Vera, esquina Bencomo.  
José Baute, *C/*. Herradores, núm. 39.  
“El Sol”, *C/*. Juan de Vera, esquina Bencomo.

#### 19. Establecimientos de tejidos

Antonio Capote, *C/*. San Juan, núm. 7.  
Concepción Barreto y hermanas, Plaza de la Catedral, núm. 2.  
Francisco Riquelme, *C/*. Herradores, núm. 64.  
Antonio Hernández, *C/*. Herradores, núm. 60.  
Joaquín Cifaló, *C/*. Herradores, núm. 63.  
Domingo Amador, *C/*. Herradores, núm. 73.

#### 20. Establecimientos de comestibles (ventas)

Luis Pozuelo, *C/*. La Carrera, núm. 25.  
Antonio Capote, *C/*. San Juan, esquina Herradores.  
Nicolás Hernández, *C/*. Herradores, esquina San Juan.  
Ignacio Sansón, *C/*. La Carrera, núm. 8.  
Ángel González Yumar, *C/*. San Agustín, esquina Juan de Vera.  
Sebastián González Yumar, *C/*. El Pino, esquina Bencomo.  
Elías Marrero, *C/*. Herradores, núm. 58.  
Manuel Ramos, *C/*. Los Álamos, núm. 33.  
Claudio González, *C/*. Los Álamos, núm. 67.  
Domingo Marrero, *C/*. Herradores, esquina Trinidad.  
Nicolás Amador, *C/*. San Agustín, esquina Los Álamos.  
José Barrios, *C/*. El Pino, núm. 22.  
Daniel Cabrera, *C/*. Bencomo, esquina Núñez de la Peña.

#### 21. Barberías

Ramón Pérez, *C/*. Herradores, núm. 51.

- Santiago Guerra, *C/.* San Agustín, núm. 39.
- Juan Rojas, *C/.* La Carrera, núm. 55.
- Francisco Rojas, Plaza de la Catedral, núm. 2.

22. Zapaterías

- Ramón Núñez, Plaza de San Francisco.
- Cristóbal González Pérez, *C/.* Los Álamos, núm. 69.
- José Suárez, Plaza de la Catedral, núm. 6.
- Domingo Rodríguez, *C/.* Juan de Vera, esquina San Agustín.
- Juan Rodríguez, *C/.* Juan de Vera, núm. 16.
- Julián Martín Mirabal, Plaza de la Concepción, núm. 1.
- Juan Sabina, *C/.* Herradores, núm. 69.

23. Sombrerías

- José Pérez, *C/.* Herradores, esquina San Juan.

24. Ferreterías

- Francisco García, *C/.* San Juan, núm. 4.
- Tomás Guillermo Morales, *C/.* Los Álamos, núm. 3.

25. Herrerías

- Manuel Arbelo, *C/.* Herradores, núm. 32.

26. Alfarerías

- Sixto Martín Mirabal, *C/.* Chávez.

27. Cererías (trabajo de la cera)

- Antonio Tarife Romano, *C/.* La Caza, núm. 26.